

EL ARTISTA

El toreo y las mujeres.—Las tardes malas de «Gallito».—Sucedió en Pamplona...—Los volapiés de Mazzantini y una faena de «Lagartijo».—«Nos borraba á todos».—Las tardes buenas de «Gallito».—La alegría de «Gallito» y la acera de enfrente.—La gracia de su toreo.—Un juicio de Fuentes sobre «Gallito».—Lo que va á destapar Vicente Pastor.—«Gallito» R. I. P.» «Gallito» vive y triunfa.—El poder, el arte y la ciencia.—Dime el pelo y te diré la calidad.—Unos toros de Miura que no quería ver nadie.—Cuando «Gallito» quiere.—¿Quién pincha más? El miedo y el valor.—Una teoría de Enrico Ferri.—De cabeza al callejón y metido en los pitones.—¡Que vivan todos!—El amo.—Unos versos de Rubén Darío.

*¡Gallito torero! ¡El toreo del Gallo!...*

Hay muchas clases de toreo, y cuenta cada una, las malas inclusive, con la devoción de incondicionales que, generalmente, lo son, más que del arte ó del sistema, del torero que lo practica.

Pero con el toreo sucede lo que con las mujeres, y á ver quién me niega que es adecuada la comparación. En último término, las facultades de atracción de la mujer se reducen á dos: suma, compen-

dio y esencia de todas las cualidades que producen nuestra admiración y nos conmueven. Hay mujeres bonitas y mujeres graciosas... lo mismo que hay toreo bonito y toreo gracioso. Las mujeres bonitas deslumbran y entusiasman á simple vista y á vista compuesta; la mujer graciosa, sin esa primera y tumultuosa impresión de deslumbramiento, cautiva más, es más agradable y se adueña mejor y más definitivamente del hombre, porque hay en su gracia mil secretos de belleza que se van descubriendo poco á poco, dan una continua sensación de novedad y causan una suave y dulce emoción; una deliciosa y permanente emoción, que nada tiene que ver con aquella otra momentánea que produce el solo hecho de unas facciones dibujadas correctamente y bien entonadas de color ó la apariencia de un trapío rechamante. La mujer bonita causa una repentina y pasajera turbación del ánimo; la graciosa, enamora.

Bueno; pues el toreo de *Gallito*, salvo las naturales diferencias, es como una mujer muy bonita y muy graciosa; ambas cosas en alto grado; pero todavía mucho más graciosa que bonita.

Ya sé, ya sé; no te precipites, lector rabiosillo y descontentadizo; ya sé que hay días en que nuestro torero no tiene nada de bonito, ni mucho menos de gracioso; pero también tienen ellas unos días de enfurruñar la cara, torcer el gesto y sacar las uñas, que... ¡lagarto, lagarto!

Y, sin embargo...

No recuerdo qué año toreaban en Pamplona *Lagartijo* el Grande y *Mazzantini*. Estaba éste en todo el apogeo de su juventud y de su fuerza, y el coloso en todo el de su mandanga. De cada cuatro quites, hacía tres y medio *Mazzantini*; se comía los toros á volapiés: aquellos volapiés suyos; ponía mag-

níficos pares de frente, y era, en fin, la animación, la alegría y la vida de aquellas corridas. La gente estaba loca con él; la Comisión empresaria se desvivía por complacerle; la contrata para el año siguiente era cosa descontada por segura, aunque de ello no se había hablado palabra; los aficionados sólo tenían lengua para elogiarle... Del cordobés nadie se acordaba si no era para execrarle y censurar á la Comisión por haberle contratado. «Aquel tío no podía ya ni con la bula. ¡Los viejos, á descansar!»

Pero llegó el último toro del tío Carando, un bicho de la Patilla, para más detalles, y...

El propio Luis Mazzantini me lo ha referido:

—No puede usted imaginarse faena de muleta más asombrosa. Yo no he visto en mi vida nada semejante. No hay manera de describirla. Estupenda, colosal, maravillosa. Y llega la hora de matar y el tío lía, ¡y sin paso atrás! entra á herir y deja una estocada soberana... En fin, yo no me pude contener, y en mitad del ruedo le tendí la mano y le dí un apretón con toda el alma. «Bravo, Rafael—le dije—; este es el toro que le he visto á usted matar mejor». Y él, con ese orgullo de los viejos de brillante historia, me replicó: «Pos yo creo que he matao muchos así».

Allí desaparecieron pares de frente, valentía en los quites, volapiés estupendos, y todo lo que hicieron los demás, y tanto entusiasmo al público. No hubo más que *Lagartijo*, *Lagartijo* y *Lagartijo*. De los contratos del año siguiente, sólo se hizo el del Califa, que, corriendo entre barreras, se acercó á pedirle, más que á ofrecerle, el presidente de la Comisión, apenas concluida la pasmosa faena. Otros tenían más tardes buenas que él; pero...

—Cuando *Lagartijo* estaba bueno—has leído aquí que ha dicho *Guerrita*—, nos borraba á todos.

Algo así—¡perdón, señores!—se puede decir del *Gallo*. Y si ustedes no quieren que sea tanto, él no borra á nadie; pero sus tardes buenas borran todas las tardes malas que ha tenido y otras tantas que pueda tener.

Con lo cual quedan todavía tantos á su favor.

\*  
\*\*

Hay en el toreo del *Gallo* una serenidad, un reposo, una gracia que rinden al más duro de vencer. No es toreo bullidor, de colorines, ni de alegrías... pero es el más alegre de todos.

El toreo del *Gallo* es, además y sobre todo, verdad. Yo no sé, siendo como son necesarios tantos distingos y afirmaciones, tanto pesado remachar el clavo cuando se habla de toros, si necesito poner aquí, para los tontos que no se hayan enterado todavía, que cuando se habla de las excelencias de un arte no se acuerda uno para nada de los momentos de desacierto del artista. Si así no fuese, no se escribiría una línea de éste, del otro, ni del de más allá.

¡*Gallito* artista! ¡Cómo se puso la acera de enfrente cierta vez que lo dije! «Afán de exhibirme. Pretextos y posturas para llamar la atención», dijeron... Y, no pasados muchos días, los mismos que horas antes atribufan á exageraciones ó á *posse* mi afirmación, llamaban á *Gallito* «el grande, el inmenso artista», rendidos á la soberana belleza de su estilo.

Yo he visitado á Antonio Fuentes en su casa de Sevilla no hace mucho tiempo. ¿De qué se va á hablar sino de toros con un torero que conserva tanta

afición como el que fué un día el Petronio, el *arbitrer elegantiorum* de su época? De torero en torero, vinimos á parar á *Gallito*.

—¡Ese es un artista, ese!—dijo Fuentes. Yo salté de gusto en la silla al oír que boca tan autorizada formulaba su juicio del mismo modo que yo lo había hecho; con las mismas palabras que yo empleé hace meses.

—¿Qué dice usted?—exclamé maquinalmente, por gusto de volverle á oír. Y Fuentes, interpretando en otro sentido mis palabras, me argumentó:

—Artista; sí señor. Artista, aunque usted no quiera, y muy grande. Ninguno tiene hoy ni su modo, ni su variedad, ni su inspiración. *El toreo de Gallito es la estética del arte*. Luego por ser artista, lo es hasta en esa rectificación que ha hecho este año de sí mismo. *Gallito* era un torero muchas veces medroso. Ahora, no. Yo no conozco nada más extraordinario; porque el torero que es cobarde, que no se arrima, no se arrima nunca; es cobarde siempre y sigue siéndolo toda la vida, y éste, no. Este lo fué antes, y ahora está valiente. Yo le he visto este año hacer cosas de bravo. Antes no mataba, ahora mata. ¿Y torear? ¡Qué clasicismo, qué elegancia, qué arte!

Si hay quien se atreva, que no faltará porque los hay para todo, niéguele á tan gran torero autoridad para formular este juicio; pero, digan lo que quieran los termómetros locos, Fuentes habla como hablaría el sabio Salomón si volviese á este mundo y tomase casa en Madrid y una barrerita del uno para pasar las tardes de los domingos, con alguna de las gachís que él camelaba al lado.

Nadie ejecuta hoy como *Gallito* esos lances reposados, detallados, completos, clásicos, que se saborean movimiento por movimiento. No corre la mano,

la lleva. No hace suertes relámpago ó tren expreso cuando más despacio, sino lentas, instante por instante, si me permiten decirlo así. Tiende la muleta ó el capote delante del toro, y con gallarda y majestuosa lentitud—lo que es lentitud en el toreo—va llevando al enemigo sujeto en los vuelos de la tela hasta rematar el lance, sin dar ese violento tirón con el que muchos cortan la suerte y escriben «fin» antes de llegar á la última página. *Gallito* no suprime ningún trámite; sigue el pleito por todos los que marca la ley y por sus pasos contados hasta la última palabra de la ejecutoria que le pone término. Que es á lo que se llama torear clásico.

Ha surgido ahora un torero con un sistema de torear quieto, estirado, natural y serio, Vicente Pastor, que, si lo sigue practicando, va á destapar muchos torearos. Pues bien, con *Gallito* no va nada. De todos los sistemas y procedimientos que hoy se practican, de todo ese cargar la suerte y demás cosas que se dicen y se hacen, veremos lo que queda, si trae Vicente en buen hora la deseada de las verdades. Cuando ésta suene, el toreo del *Gallo* permanecerá.

Porque no tiene nada que rectificarse, porque es verdad, porque es oro de ley, esmeraldas transparentes, perlas del más puro oriente y fastuosos brillantes que lucen como el sol.

¡Cuántas veces se le ha dado por concluido, por muerto! «*Gallito* no quiere. *Gallito* no puede. *Gallito* se acabó», hemos leído en mil ocasiones. «Esto es hecho. Falleció *Gallito*. R. I. P.», escribió este mismo año, al comenzar una corrida de Miura, cierto revistero. «Falleció *Gallito*. R. I. P.» ... y al otro toro las campanas se echaron á volar solas, locando á resurrección y á victoria.

Tiene muy dura la piel este torero sin fuerzas,

¡OLÉ!



En la corrida de la Prensa de 1909 (Miuras)



El pase de la muerte



En el toro de la Guerrero (Sevilla, 1910)

sin salud, sin piernas y con los riñones averiados, para *diñarla* así como así. Lo que le falta de poder en las piernas para correr y bullir, le sobra de arte en los brazos, de agilidad en la cintura y de ciencia para conocer al enemigo y manejarlo á su antojo y como el arte manda: toreando, no dejándose *to-rear*.

Para los que niegan á *Gallito* el agua, el fuego y la sal, yo escribo aquí esta pregunta: ¿Cuáles han sido los grandes toreros? ¿En qué se les ha distinguido de los demás que son buenos toreros, que ganan legítimamente aplausos y billetes de Banco, pero que no llegan á la grandeza de los otros?

Los grandes toreros son los que han inventado alguna suerte ó lance, ó han dejado un estilo bueno y legítimo con su sello personal. El *Gordo*, el quiebro en silla; Fuentes, la bellísima preparación para banderillar al cambio; Reverte, los recortes capote al brazo; *Bombita* el mayor, su estilo de arrancar á matar con los pies juntos... No contemos nada del amo *Guerrita*, Mirabeau, Napoleón, Edisson y Goya en una pieza, ni de sus maestros, el coloso *Lagartijo*, el de la divina larga, y *Gallo I*, el del quiebro de rodillas; ni de Hércules *Frascueto*, el de las estocadas arrancando... Los grandes toreros son esos á quienes hay que citar siempre cuando se habla de otros. «Dió una larga estilo *Lagartijo*». «Puso un par estilo Fuentes». «*Atizó* una estocada frascuelina...»

Pues *Gallito* tiene suyas la larga cambiada por arriba, afarolada que dicen los técnicos y repetimos los casi *idem*; el pase de molinete ayudado; el que inicia ayudado y concluye en natural; el de la muerte; y en cosas de vistosidad, pero de menos importancia, los pares de trapecio... y ¿qué sé yo

que más, si, como los chicos traviesos, «siempre está inventando»?

\*  
\*\*

*Gallito* es inteligente y conocedor como pocos de las condiciones de los toros. Quizá demasiado. Sobre todas sus buenas cualidades toreras sobresale ésta.

Antes de la corrida, cuando vuelven del sorteo su apoderado ó sus banderilleros, no pregunta por los pitones ó el tamaño de los adversarios, que no digo yo que no le interesen, pero en segundo ó tercer término, sino por el pelo, señal de la sangre, que es lo principal, y lo que á un buen torero, enterado de las cosas de su oficio, debe preocuparle. La cuestión no está en la estatura ni en la medida de las armas, sino en la calidad de la persona.

—Que embistan bien— dice gráficamente *Gallito*. —¿Me embiste bien un toro? ¡Vengan palmas! ¿Que no?... A jui y á jase cosa feas.

Mandó el señor Miura este año á Madrid una corrida, esa á que he aludido antes, que tenía preocupados á los toreros desde antes de nacer los toros y ellos. A algunos de los animalitos les habían puesto el veto y fueron rechazados de algunas plazas andaluzas «porque desigualaban».

—Fulano no viene. Mengano tampoco.

—Mosquera no tiene quién le toree esta corrida.

No se oía otra cosa quince días antes en la calle de Sevilla é islas adyacentes. Al leader del gallismo en el Inglés, que se atrevió á afirmar una tarde que Rafael vendría á torear esta corrida, á poco se lo comen con sombrero y bastón. Pero llegó la víspera de la fiesta, y á la hora del lleno hizo *Gallito* su aparición sensacional en la fábrica de mentiras.

Como por encanto se hizo el silencio al entrar el torero.

—¡Caramba, Rafael! ¿Tú por aquí?—le gritó Retana para que lo oyesen todos—. Decían que no venías.

—¿Yo? ¿Por qué?—contestó *Gallito*, sin darle importancia á la cosa.

—Como están esos miuras en los corrales...

—Déjate tú de eso. A mí no me dan mico las divisas. Si me embisten bien los toros, los toreo á mi gusto; y si me embisten mal, no me paro á preguntarles de quién son pa jui...

\*  
\*\*

Para saber lo que *Gallito* va á hacer con un toro, fijaos en él cuando se abre la puerta del chiquero. Rafael concentra su vista en el enemigo y le va siguiendo atentamente en sus primeras correrías. Como, después de este examen, le veáis que se le alargan los rasgos fisonómicos, ya os podéis volver á mirar á las mujeres de la grada ó á charlar con los acomodadores. En el ruedo no veriais más que fealdades y desaboriciones. Mas si, por el contrario, se le alegra al hombre la cara y le veis avanzar decidido hacia los tercios, preparaos á ver cosas buenas.

Aprovechando el primer viaje de la res, se hincará de rodillas, tenderá el capote para dar una larga y cuando el bicho se le arranque le veréis empararlo en la tela, llevarlo á jurisdicción y, en el momento preciso, cargar la suerte y cambiar el camino de la fiera con precisión matemática. Se pondrá en pie, y con el capote recogido, no extendido á todo vuelo, y citando de frente y no terciado, como suele hacerse para tomar ventajas, dejará llegar y,

estirando los brazos, sin mover los pies, despedirá airoosamente al toro, y cuando le haya dado los lances precisos, meterá un par de navarras bonitas y acabará el discurso con una larga afarolada, que pondrá el colmo al entusiasmo de las tribunas. Después hará en los quites preciosidades. Saldrá abanicando hasta volver á colocar al astado en suerte, llevándole en los vuelos del capote, templando éste y conduciendo á aquél, no dejándose llevar del bruto, que no es lo mismo.

Porque, observad con cuidado cuando se haga esta suerte: hay toreros con muchísima vista, y más piernas, que saben ver cuando un toro se va á ir solo de una vara y aprovechan el momento preciso para salir como saetas á colocarse en la cabeza del animal é ir corriendo delante de él, sacudiendo el capote, aprovechando su viaje de extremo á extremo de la plaza.

Y no es eso.

Como *Gallito* siga viendo al toro en buenas condiciones, cogerá los palos, hará la monadifa del trapecio para citar y al cuarteo colocará un par ó los tres pares, unas veces bien y otras regular.

Y cogerá la muleta, retirará la gente, no sin un poco de resistencia por parte de su hermano y de *Blanquito*, y con el brazo izquierdo caído y arras-trando la tela como al desgaire, comenzará á rodear al toro, que irá volviéndose siguiendo con la vista al bulto que le pasea por delante, y así que tenga al enemigo á su gusto, juntará los pies, tomará la punta de la muleta con la del estoque y quedará con las armas caídas delante de su cuerpo. En esta actitud desafiará al contrincante, que se arrancará á él; mas, al llegar á jurisdicción, Rafael, sin moverse, le tenderá con ambas manos la muleta en el momento preciso de engendrar el

cornúpeto el derrote, le empapará en ella y librárá el embroque con el pase famoso que llaman de la muerte los doctores de la calle de Sevilla. Un ¡olé! estruendoso atronará la plaza, y comenzarán á caer sombreros alrededor del artista cuando éste dé inmediatamente un gracioso pase natural, llevando al toro amarrado á la muleta y pasándolo por delante de su cuerpo, sin soltarlo hasta haber completado el lance. Vendrán después los pases de rodillas, y los ayudados por bajo, y los cambiados con la derecha, que acabará rascando el testuz al adversario, y el público se volverá loco y, como ocurrió este año en Sevilla, aplaudirá hasta la fuerza pública de servicio en la plaza esta faena, en que *Gallito* asombrará á la concurrencia por la firmeza del dibujo, el atrevimiento de la invención, la aristocrática fastuosidad del hacer, la armonía, el desgaire, la elegancia, y el poder y soberanía de la expresión.

Cuadrará el bicho, se limpiará *Gallito* el sudor de la calva, á dos dedos de los pitones, liará y...

—¡Alto ahí, señor mío! Y se hartará de pinchar como...

—¿A quién vas á nombrar?

—No iba á nombrar á nadie, sino á citar corridas.

—No te molestes. Yo te las diré. Como en aquel toro de Carvajal que mató en Madrid, del cual hemos hablado antes. Y le ovacionaron. O como en el otro de Gama de la misma época. Y le ovacionaron. O en el colórac de Olea, toreado en la primera temporada de 1910 en Madrid. Y le ovacionaron en la plaza y siguieron aplaudiéndole en la calle. ¿Quieres más? Pues ahora te recordaré los días que se ha roto las pecheras, como *Machaquito*... Esta misma temporada de 1910, sin ir más lejos, con un Pérez de la Concha difícil, que le enganchó

por el pecho al matarlo muy requetebién. Por estas páginas anda la fotografía. Te recordaré también el otro toro de Gama, de que antes hice mención, que tantos picores produjo, muerto archisupradespampanantemente; y el toro de la Guerrero, y el de Miura de Sevilla, ahora por San Miguel, y el de Muruve aquí en Madrid, y...

Créeme que en esto del pinchar... Si hubiese algún paciencudo benedictino capaz de ajustar y comparar cuentas de pinchazos, veríamos si era mayor el haber de Rafael ó si otras sumas superaban á la suya.

Por otra parte, *Gallito* va encontrando manera de matar. ¡Si te digo á ti que este año de 1910 ha sido el de las revelaciones! *Gallito*, casi matador; Vicente Pastor, torero... Además, él mismo lo ha dicho, y esta es una realidad que no puede negarse:

—Como matador, soy uno de tantos, quitando *Algabeño*, *Machaco* y Pastor.

\*  
\*\*

—Pero no me vas á negar—te oigo decir, lector recalcitrante—que *Gallito* es miedoso. ¡Mira que cuando le da por tirarse de cabeza al callejón, por romper la barrera con el pecho, como dicen los bombistas!...

—Despacio, despacio, que quien todo lo quiere todo lo pierde. Oyeme con calma hasta el fin y no te alborotes antes de tiempo, no vaya á pasar ahora lo que con los otros alborotos de cuando dije que *Gallito* era un artista, que acabaron por convertirse en el reconocimiento pleno y absoluto de su grandeza, de «su inmensidad», del acierto con que yo le había calificado.

¿*Gallito* es miedoso? ¿Quieres tú que sea miedoso?

so? Pues mayor su triunfo, ¡ea! Precisamente por ser miedoso, es Rafael Gómez Ortega uno de los toreros más valientes que pisan la plaza. No se trata de una paradoja, sino de una teoría clara y concluyente, que tienes que escuchar con respeto porque no es mía, sino de un sabio de fama universal... y admitirla sin réplica, porque es convincente.

Es una teoría del gran penalista italiano, el ardiente socialista Enrico Ferri.

Van dos oficiales con su tropa á tomar posiciones frente al enemigo. El uno es un muchacho alegre, despreocupado, que vive bien, y, acaso por esto, no ha pensado en lo que vale la vida, como el que ha nacido rico no conoce el valor del dinero. Es el otro un pundonoroso militar, de ánimo un tanto apocado, que disfruta aquellos días las dulzuras de la luna de novios, y sale á cumplir su deber dejando en la ciudad sus amores, su vida entera: su mujer y un hijito que acaba de venir al mundo para completar la felicidad de su padre.

A mitad de camino, el enemigo, que ha visto á la tropa, comienza á cañonearla. La primera granada, que cae cerca de los oficiales, aunque sin herirles, provoca una carcajada, un rotundo taco y unas injurias á los adversarios del despreocupado, que sigue avanzando. El otro oficial retrocede instintivamente.

—¡Mi hijo, mi mujer!—exclama, y este recuerdo oprime su corazón hasta impulsarle á la huida. Mas el sentimiento del deber le detiene, le obliga á retroceder, le hace avanzar hasta la cabeza de su tropa y, aunque con voz un poco trémula, dar órdenes á sus soldados para la defensa ó el ataque. Y allí en primera línea permanece durante todo el combate, con el alma angustiada y el pensamiento en su hijo y en su esposa, temiendo morir á cada

momento, pero firme en su puesto de peligro y de honor.

—¿Quién es más valiente?—pregunta Ferri—. ¿El que no para mientes en el peligro y lo afronta con toda inconsciencia, ó el que sintiendo su corazón invadido por el miedo se sobrepone á este sentimiento, y á sabiendas del peligro, que acaso le agranda su imaginación, permanece pundonoroso y firme en su puesto?

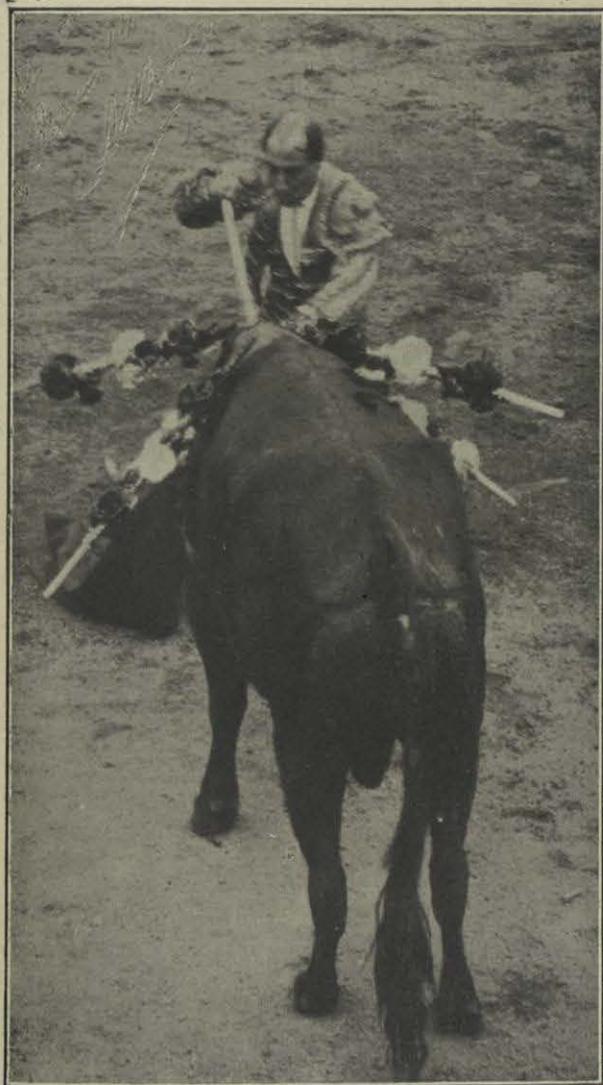
\*  
\*\*

¿Pero es miedo, así en absoluto, ó, más exactamente, cobardía, la del Gallo?

Cuando se le ve tirarse de cabeza al callejón, abandonando en la fuga muleta y estoque, se inclina uno á contestar afirmativamente. ¿Mas qué decir cuando á renglón seguido le vemos meter al toro la muleta en el hocico y al torero que acaba de dar esa huida colocarse á dos dedos de los pitones? ¿Cómo compaginar estas dos acciones extremas ejecutadas en el mismo segundo?

¿No es más razonable explicarse ese primer movimiento por la causa lógica de una justificada desconfianza, nacida de su carencia de facultades, que no le permiten, como á otros, librarse por pies y correr delante del toro, cuando llega el caso, sin necesidad de cometer la acción fea de acercarse á la trinchera?

Todos los toreros conservan, cuidan y procuran aumentar sus facultades; Rafael, no, y esto es lo censurable. Como no tenga cacería ó tentadero á donde ir, permanece las horas muertas sentado en el café ó en su casa, fumando y hablando de toros; ó, mejor aún, tendido en la cama, rodeado de las gentes de su predilección, oyéndolas hablar, ó ha-



"Gallito,, matando un toro de Campos Varela, en la corrida de su beneficio, en la Plaza de Toros "El Toreo,, (México), el 14 de Febrero de 1909

ciendo como que las oye, distraído el pensamiento en las espirales de humo que salen de su boca.

Cierta vez, alguien, creo que fué *Minuto*, le convenció de la necesidad de ir al gimnasio. Rafael le hizo caso; pagó su mensualidad y puntualmente asistió todas las tardes, á la hora de los toreros, á la sala de hacer fuerzas... á tomarse un refresco, mientras sus compañeros se cansaban haciendo planchas y flexiones.

—¡Gaché, lo que habéis trabajao!—les decía luego.

—¿Pero tú no quieres hacer gimnasia?

—¿Yo? ¿Pa qué?

\*  
\*\*

Es verdad. ¿Para qué, si su toreo no es de eso? ¿Para no huir?... ¿Es él solo quien huye?

¿Que sus huidas son más feas y menos disimuladas que las de los otros? Por lo menos, no es hipócrita.

Y además, está así más en carácter, ¡ea! Es tan artista, que es extremado en todo: en lo bueno y en lo malo.

Pero ¿á dónde iríamos á parar? ¿qué sucedería aquí si Rafael no tuviese esas alternativas, esas desigualdades y ese mezclar los más opuestos extremos, ese claroscuro, ú obscuro solo, como gustéis, con que acusa vigorosamente lo mucho, lo enorme de bueno que hay en él? ¿Quién iba á vivir aquí si *Gallito* estuviese superior todas las tardes?

¡Todavía no le van á agradecer que tenga la caridad de estar mal algunas veces para que coma cocido todo el mundo!...

\*  
\*\*

Completamente en serio. Yo creo que no se ha juzgado bien á Rafael, mejor dicho, que no se le ha conocido hasta ahora. *Gallito* ha estado trabajando los tres últimos años en condiciones de inferioridad por su mal estado de salud, ignoradas porque él ha querido guardarlas secretas creyendo evitarse perjuicios.

Pero ha comenzado á volverle la salud, y, aunque no recuperada del todo, *Gallito* ha tornado á ser el *Gallito* de sus buenos tiempos, y ha sido para él, para el toreo y para la afición, uno de los mejores este año de gracia de 1910, que empieza en el famoso «loro de la Guerrero», como dicen en Sevilla cuando se refieren á la colosal faena brindada á la insigne actriz en la feria de Abril, y pasando por el colorao, de Olea, y las faenas de San Sebastián, Valencia, Zaragoza, Cádiz y las demás que ahora no recuerdo, termina en el Muruve, de Madrid, y en el Miura, de la feria de San Miguel...

¡Clarines! ¡Laureles!

Le dieron por muerto y vuelve vencedor. Este año ha sido la quiebra de los que habían profetizado la ruina de Rafael, de los doctores que le extendieron la partida de defunción. El ave Fenix, surgió de sus cenizas, poderosa y espléndida, y, contra viento y marea, se colocó en su lugar. En el suyo; en el que se ha ganado peleando y venciendo en la plaza, con la fuerza de su arte, que ya sólo se atreven á negar los ciegos cuando hablan con los distraídos.

En el puesto del mejor torero clásico de esta época, del que hace arte toreado, del árbitro de las elegancias.

¡Gallito! ¡Gallito!

¡Clarines! ¡Laureles!

Y pitos alguna vez. Varias veces. Muchas veces. ¿Y qué? Cuando le da la gana, el amo. El torero artista.

Tenía que triunfar y ha triunfado. Le dieron por muerto y vuelve vencedor.

«Los áureos sonidos  
Anuncian el advenimiento  
Triunfal de la Gloria.  
Dejando el picacho que guarda sus nidos,  
Tendiendo sus alas enormes al viento,  
Los condores llegan. Llegó la victoria.

.....  
¡Clarines! ¡Laureles!»

SE ACABÓ.

TATÍN (n'as Mariñas de Betanzos), Outono 1910.